

NICHOLAS SPARKS

*Querido John*



La novela que inspiró la película del mismo nombre.  
Por el autor de *El cuaderno de Noah* y *Noches de tormenta*.

## Prólogo

*Lenoir, 2006*

¿Qué significa amar verdaderamente a alguien?

Hubo una época en mi vida en que creía conocer la respuesta; significaba que amaba a Savannah incluso más que a mi propia existencia y que deseaba que pudiéramos pasar juntos el resto de nuestras vidas. No habría supuesto un esfuerzo significativo. Una vez me dijo que la clave de la felicidad radicaba en los sueños alcanzables, y los suyos no tenían nada de excepcional: casarse, formar una familia..., en dos palabras, lo básico. Significaba que yo conseguiría un trabajo estable, viviríamos en una casita rodeada por la típica valla de maderos blancos y tendríamos un monovolumen o un todoterreno lo bastante espacioso para llevar a nuestros hijos a la escuela, al dentista, al entrenamiento de fútbol o a recitales de piano. Dos o tres niños, nunca acabó de concretar el número, pero tengo la impresión de que, llegado el momento, habría sugerido que dejáramos que la naturaleza siguiera su curso y permitiéramos que fuera Dios quien decidiera. Así era Savannah —religiosa, quiero decir— y supongo que ésa fue en parte la razón por la que me enamoré de ella. Pero a pesar de lo que sucediera en nuestras vidas, no me costaba nada imaginarme tumbado a su lado en la cama al final del día, abrazándola mientras charlábamos y reíamos, perdidos el uno en los brazos del otro.

Tampoco parece un sueño tan inalcanzable, ¿no?, el que dos personas que se aman estén juntas. Eso era lo que también creía yo. Y mientras en cierta manera todavía deseo creer que

aún lo puedo conseguir, sé que es del todo imposible. Cuando esta vez me marche de aquí, será para no volver.

De momento, sin embargo, me sentaré en la ladera de la montaña para contemplar su rancho y esperar a que ella aparezca. No podrá verme, lo sé. En el ejército nos enseñan técnicas de camuflaje para confundirnos con el entorno, y eso es algo que aprendí a hacer a la perfección, porque no tenía ningún anhelo de morir en un pueblucho de mala muerte perdido en medio del desierto iraquí. No, tenía que regresar a esta colina de Carolina del Norte para averiguar qué había sucedido. Cuando uno activa el engranaje de determinadas acciones, se siente invadido por una asfixiante sensación de desasosiego, casi de remordimiento, que no logra aplacar hasta que averigua la verdad.

Pero de una cosa estoy seguro: Savannah nunca sabrá que hoy he estado aquí.

10

Una parte de mí se aflige ante el pensamiento de estar tan cerca de ella sin poderla tocar, pero su historia y la mía toman caminos separados. No me resultó fácil aceptar esa sencilla verdad, pero eso sucedió hace seis años —aunque tenga la impresión de que ha transcurrido mucho, muchísimo más tiempo—. Recuerdo los momentos que compartimos, por supuesto, pero he aprendido que los recuerdos pueden adoptar una presencia física dolorosa, casi viva, y en este aspecto, Savannah y yo también somos diferentes. Si tuyas son las estrellas en el cielo nocturno, mi mundo se halla en los desolados espacios vacíos del firmamento. Y a diferencia de ella, me abruma la carga de las preguntas que me he formulado a mí mismo miles de veces desde la última vez que estuvimos juntos. ¿Por qué lo hice? ¿Lo volvería a hacer?

Como podéis ver, fui yo quien puso fin a nuestra relación.

En los árboles que me arropan, las hojas acaban de empezar su lenta transformación hacia un bello color incandescente y resplandecen mientras el sol se alza sobre la línea del horizonte. Los pájaros han iniciado sus trinos matinales, y el aire está perfumado por el aroma de pino y tierra, tan diferente al del mar y salitre de mi ciudad natal. De repente, la

puerta del rancho se abre, y entonces la veo. A pesar de la considerable distancia que me separa de Savannah, me sorprende a mí mismo conteniendo la respiración mientras ella surge de la oscuridad hacia la luz del alba. Se despereza antes de descender los peldaños del porche y se encamina hacia ese océano de hierba verde y brillante que abraza la casa. Un caballo la saluda con un relincho, y luego otro, y mi primer pensamiento es que Savannah parece una figura demasiado diminuta para moverse entre los equinos con tanta facilidad. Pero ella siempre se ha sentido cómoda entre caballos, y ellos también se sienten cómodos con su presencia. Media docena de ellos —principalmente de la raza Quarter Horse— pace tranquilamente en la pradera, mientras *Midas*, su caballo árabe negro con patas blancas, permanece quieto, junto a la valla. Una vez salí a cabalgar con ella, y la fortuna quiso que no me pasara nada; mientras yo iba montado tenso y con los sentidos alerta para no caerme y partirme la crisma, recuerdo que pensé que ella parecía tan relajada sobre la silla de montar como si estuviera viendo plácidamente un programa en la tele. Ahora Savannah dedica unos momentos a saludar a *Midas*; le acaricia el hocico mientras le susurra algo, le da unas palmaditas en el lomo, y cuando se da la vuelta para separarse del animal y se encamina hacia el granero, *Midas* mueve las orejas varias veces seguidas.

Ella desaparece de mi vista, pero vuelve a aparecer de nuevo tras unos segundos con dos cubos —supongo que llenos de avena—. Los cuelga en dos postes de la valla, y un par de caballos inician el trote hacia el succulento manjar. Savannah se retira un poco para dejarles espacio, y contemplo cómo su pelo se agita en el viento mientras saca una silla de montar junto a una brida. Se acerca a *Midas*, que está comiendo, y lo ensilla para salir a cabalgar; unos minutos más tarde lo guía por la pradera hacia los senderos del bosque, con el mismo aspecto que tenía hace seis años. Sé que esa percepción es falsa —el año pasado tuve la oportunidad de verla de cerca y me fijé en las primeras arrugas que empezaban a formarse en las comisuras de sus ojos—, pero el prisma a través del cual la observo permanece

incólume para mí. Para mí, ella siempre tendrá veintiún años y yo siempre tendré veintitrés. Me habían destinado a Alemania; todavía tenía que ir a Fallujah y a Bagdad o recibir su carta, que leí en la estación de tren de Samawah durante las primeras semanas de la campaña; todavía tenía que regresar a casa tras los sucesos que cambiarían el curso de mi vida.

12 Ahora, con veintinueve años, a veces me maravillo de las elecciones que he tomado en la vida. El Ejército se ha convertido en mi única salida. No sé si debería de estar harto o contento; me paso casi todo el tiempo deambulando solo de un sitio a otro sin rumbo fijo, en función del día. Cuando la gente me pregunta por mi semblante taciturno, les contesto que eso es porque soy un viejo cascarrabias, y hablo en serio. Todavía sigo en la base militar en Alemania, debo de tener unos mil dólares ahorrados, y hace años que no salgo con chica alguna. Ya casi nunca practico el surf, ni siquiera cuando estoy de permiso, pero en mis días libres me paseo con mi Harley por el norte o por el sur de la base, según mi estado de ánimo. La Harley ha sido sin duda la mejor adquisición que he hecho en mi vida, aunque me costara una fortuna. Encaja con mi forma de ser, ya que me he convertido en un tipo solitario. La mayoría de mis compañeros se han licenciado en el Ejército, pero probablemente a mí me destinen de nuevo a Iraq dentro de un par de meses. Al menos ésos son los rumores que circulan por la base. Cuando conocí a Savannah Lynn Curtis —para mí, ella siempre será Savannah Lynn Curtis—, jamás pensé que mi vida discurriría por el cauce que me ha llevado hasta aquí, ni tampoco que haría de servir en el Ejército mi verdadera profesión.

De todos modos, el caso es que la conocí, y ése es precisamente el motivo por el que mi vida resulta tan insólita. Me enamoré de ella cuando estuvimos juntos, y después aún me enamoré más de ella en los años en que estuvimos separados. Nuestra historia se compone de tres partes: un inicio, un desarrollo y un desenlace. Y a pesar de que así es como fluyen todas las historias, todavía no puedo creer que la nuestra no durase para siempre.

Reflexiono acerca de tales cuestiones y, como siempre, recuerdo los días que estuvimos juntos. De pronto me sorprende evocando cómo empezó todo, puesto que eso es lo único que me queda: mis recuerdos.



## PRIMERA PARTE



## Capítulo 1

*Wilmington, 2000*

**M**e llamo John Tyree. Nací en 1977, y crecí en Wilmington, una ciudad situada en Carolina del Norte que se jacta con orgullo de poseer el puerto más grande en el estado y una historia prolífica y apasionante, aunque ahora me parezca más una ciudad que surgió por circunstancias accidentales. Lo admito, el clima era fantástico y las playas idílicas, pero no estaba preparada para acoger la oleada de jubilados provenientes de los estados del norte que llegaron con el anhelo de pasar el resto de sus días dorados en un enclave barato. La ciudad está ubicada en una lengua de tierra relativamente angosta que confina por un lado con el río Cape Fear y por el otro con el océano. La Autopista 17 —que lleva hasta Myrtle Beach y Charleston— divide la ciudad en dos partes y desempeña la función de carretera principal. Cuando era niño, mi padre y yo solíamos conducir desde el casco antiguo cerca del río Cape Fear hasta la playa de Wrightsville en diez minutos, pero ahora han instalado tantos semáforos y erigido tantos centros comerciales que el trayecto puede durar una hora, especialmente los fines de semana, cuando los turistas llegan en tropel. La playa de Wrightsville, situada en una isla justo a tocar de costa, se halla al norte, en la punta de Wilmington, alejada y separada de una de las playas más conocidas del estado. Las casas que se extienden a lo largo de las dunas son exorbitantemente caras, y la mayoría se alquilan durante los meses de verano. La zona denominada Outer Banks puede parecer más romántica por su recóndita ubicación, así

como por sus caballos salvajes y el mito de los hermanos Orville y Wilbur Wright, que realizaron su primer vuelo precisamente sobre esa zona de la costa, pero si queréis que os diga mi opinión, la mayoría de la gente que elige la playa como destino veraniego se siente más cómoda con un McDonald's o un Burger King a su alcance, por si a los más pequeños de la casa no les entusiasma la oferta culinaria local, o quieren disponer de más de un par de opciones de actividades recreativas por la tarde.

18

Al igual que todas las ciudades, Wilmington tiene sus barrios ricos y sus barrios pobres, y puesto que mi padre desempeñaba uno de los trabajos más estables y respetables en el planeta —cubría una ruta como repartidor de correos—, las cosas no nos iban mal. Tampoco es que nuestra vida fuera fantástica, pero no nos podíamos quejar. No éramos ricos, aunque vivíamos lo bastante cerca del área más próspera como para que yo pudiera estudiar en uno de los mejores institutos de la ciudad. A diferencia de las moradas de mis amigos, sin embargo, nuestra casa era vieja y pequeña; una parte del porche había empezado a combarse, pero el patio en la parte posterior era sin duda lo que la redimía. En ese patio se alzaba un enorme roble; cuando yo tenía ocho años, monté una cabaña en el árbol con unos tablones de madera que recogí en unas obras. Mi padre no me ayudó en el proyecto —si alguna vez atinaba a propinar un martillazo certero sobre un clavo, podía considerarse sinceramente un acierto accidental—; fue el mismo verano en que aprendí a montar en la tabla de surf por mí mismo. Supongo que debería de haberme dado cuenta del inmenso abismo que me separaba de mi padre, pero eso sólo demuestra lo poco que uno sabe de la vida a tan temprana edad.

Mi padre y yo éramos posiblemente tan diferentes como dos personas pueden serlo. Él era una persona pasiva e introspectiva, en cambio yo siempre estaba en movimiento y detestaba la soledad; mientras él confería un incuestionable valor a los estudios, para mí el colegio no era más que un club social con deportes añadidos. Su porte era desgarrado y tendía a arrastrar los pies cuando caminaba, en cambio yo siempre iba

dando saltitos de un lado para otro, y constantemente le pedía que cronometrara cuánto tiempo tardaba en ir y volver corriendo hasta la siguiente esquina. A los catorce años ya era más alto que él y a los quince le ganaba los pulsos. Nuestra apariencia física era también palmariamente distinta: él tenía el pelo rubio pajizo, los ojos castaños y muchas pecas; yo tenía el pelo y los ojos pardos, y mi piel aceitunada adoptaba un destacado tono bronceado a partir del mes de mayo. A algunos de nuestros vecinos les parecía extraño que pudiéramos ser tan diferentes físicamente, lo cual no carecía de sentido, supongo, teniendo en cuenta que me crié solo con él. Cuando crecí, a veces oía a esos mismos vecinos comentar en voz baja que mi madre nos había abandonado antes de que yo cumpliera mi primer año de vida. A pesar de que más tarde sospeché que mi madre se había fugado con alguien, mi padre jamás me lo confirmó. Lo único que decía era que ella se dio cuenta de que había cometido un error al casarse tan joven y que no estaba preparada para asumir el papel de madre. Jamás la criticó, tampoco la elogió, pero me pedía que siempre la incluyera en mis plegarias, sin importar dónde estuviera o lo que ella hubiera hecho. «Me recuerdas tanto a tu madre», me decía de vez en cuando. Hasta el día de hoy, jamás he hablado con ella, ni tampoco siento deseo alguno de hacerlo.

Creo que mi padre era feliz. Lo digo así porque él casi nunca expresaba sus emociones. Cuando yo era pequeño, apenas me besaba ni me abrazaba, y si esporádicamente alguna vez lo hacía, mi impresión era que se trataba de un acto mecánico, como si pensara que ése era el comportamiento que se esperaba de un padre, y no porque realmente sintiera la necesidad de hacerlo. Sé que me quería por la forma en que se dedicó siempre a cuidar de mí, pero él había cumplido cuarenta y tres años cuando yo nací, y en cierta manera creo que le habría ido mejor si se hubiera dedicado a ser monje que padre. Era el hombre más comedido y callado que jamás haya conocido. Me hacía poquísimas preguntas acerca de cómo me iban las cosas, y aunque prácticamente nunca se enojaba conmigo, tampoco se reía ni bromeaba. Vivía inmerso en una rutina inalterable.

Cada mañana sin falta, me preparaba huevos revueltos, tostadas y finas lonchas de panceta fritas, y durante la cena —que también preparaba él— escuchaba deferentemente las batallitas que yo le contaba acerca del colegio. Programaba las visitas al dentista con dos meses de antelación, pagaba las facturas el sábado por la mañana, hacía la colada el domingo por la tarde, y cada mañana se marchaba de casa exactamente a las siete y treinta y cinco minutos. No le gustaban nada los eventos sociales, y pasaba solo muchas horas cada día, repartiendo paquetes y pilas de cartas por los buzones que estaban dentro de su ruta. No salía con ninguna mujer, ni tampoco se pasaba las noches de los fines de semana jugando al póquer con amigos; el teléfono podía permanecer semanas enteras sin sonar, y cuando lo hacía, o bien se trataba de alguien que se equivocaba de número, o bien era un televendedor. Sé que debió de resultar muy duro para él criarme sin ayuda alguna, pero jamás le oí lamentarse de nada, ni tan sólo cuando lo decepcionaba.

20

Me pasaba todas las tardes prácticamente solo. Tras completar las tareas diarias, mi padre enfilaba hacia su estudio y se encerraba con sus monedas. Ésa fue la única gran pasión en su vida. Era feliz cuando se acomodaba en su estudio y ojeaba el *Greysheet* —un conocido folleto informativo en el ámbito de la numismática que le enviaba un negociante de monedas— para intentar decidir cuál sería la siguiente moneda que pasaría a engrosar su colección. De hecho fue mi abuelo quien inició la colección de monedas. El héroe de mi abuelo era un tipo llamado Louis Eliasberg, un banquero de Baltimore que ha sido la única persona capaz de reunir una colección completa de monedas de Estados Unidos, con todas las distintas variantes en fechas y marcas de la casa de la moneda donde fueron acuñadas. Su colección rivalizaba —si no superaba— con la expuesta en el museo Smithsonian, y tras la muerte de mi abuela en 1951, mi abuelo se obsesionó con la idea de reunir una gran colección con su hijo. Cada verano, mi abuelo y mi padre se desplazaban en tren hasta las diversas casas de la moneda con el fin de ser los primeros en recoger personalmente las nuevas monedas acuñadas, o visitaban exposiciones de numismática

en el sudeste del país. Con el tiempo, mi abuelo y mi padre establecieron contactos con negociantes de monedas en todos los estados, y mi abuelo se gastó una fortuna a lo largo de los años en transacciones de monedas y puliendo su colección. A diferencia de Louis Eliasberg, sin embargo, mi abuelo no era rico —regentaba un colmado en Burgaw que se fue a pique cuando abrieron una tienda de comestibles de la cadena Piggly Wiggly al otro lado del pueblo— y jamás tuvo la oportunidad de igualar la colección de Eliasberg. No obstante, cada dólar extra que caía en sus manos lo invertía en monedas. Mi abuelo llevó la misma chaqueta durante treinta años, condujo el mismo coche toda su vida, y estoy prácticamente seguro de que mi padre se puso a trabajar como repartidor de correos en lugar de continuar los estudios en la universidad porque no disponían ni de un centavo para pagar nada que excediera las cuotas de un instituto. Mi abuelo era un bicho raro, de eso no me cabe la menor duda, igual que mi padre; tal como dice el viejo refrán: «De tal palo tal astilla». Cuando el anciano finalmente falleció, especificó en su testamento que quería que su casa fuera vendida y que el dinero obtenido en dicha venta se invirtiera en la compra de más monedas, lo cual era exactamente lo que mi padre probablemente hubiera hecho de todos modos.

Cuando mi padre heredó la colección, ésta ya era bastante valiosa. Cuando se disparó la inflación y el oro alcanzó los 850 dólares la onza, valía una pequeña fortuna, más que suficiente para que mi padre, con su vida tan sencilla y carente de ostentación alguna, se acogiera tranquilamente a un retiro anticipado, y más de lo que valdría un cuarto de siglo después. Pero ni mi abuelo ni mi padre se habían enfrascado en la numismática por dinero; lo habían hecho por el entusiasmo que suponía ir en busca de una moneda en particular hasta conseguirla y por el vínculo que esa afición había creado entre ellos. Existía algo apasionante en el hecho de buscar una determinada moneda durante mucho tiempo hasta dar con ella y negociar para conseguirla al precio justo. A veces una moneda era asequible, otras veces no, pero cada una de las piezas que incorporaban a la colección recibía el trato de un verdadero tesoro. Mi padre

esperaba compartir la misma pasión conmigo, incluso el sacrificio que requería. Recuerdo que de pequeño tenía que dormir con una pila de mantas en invierno y que recibía un único par de zapatos nuevos al año; en casa nunca había dinero de sobra para comprarme ropa, a menos que las prendas vinieran del Ejército de Salvación. Mi padre ni siquiera poseía una cámara fotográfica. La única foto en la que aparecemos juntos la tomaron en una feria de monedas en Atlanta. Nos la hizo un negociante de monedas, mientras estábamos de pie delante de su puesto, y luego nos la envió. Durante muchos años, el retrato estuvo expuesto sobre el escritorio de casa. En él, mi padre me rodeaba por el hombro con su brazo, y los dos esbozábamos una amplia sonrisa. En la mano yo sostenía un Buffalo nickel 1926-D en condición de joya, una moneda que mi padre acababa de comprar, considerada una de las Buffalo de cinco centavos más insólitas; acabamos comiendo perritos calientes y judías durante un mes, ya que la pieza costó más de lo que él había esperado.

22

Sin embargo, no me importaban los sacrificios, al menos al principio. Cuando mi padre empezó a hablarme de monedas —por entonces yo debía de tener seis o siete años— lo hizo como si estuviera a su altura. Que un adulto, especialmente tu propio padre, te trate por igual supone una cuestión de peso para cualquier niño, por lo que a mí me encantaba recibir esa atención y absorbía la información con gran interés. Al cabo de poco tiempo ya sabía cuántas águilas dobles Saint-Gaudens se acuñaron en 1927 en comparación con 1924, y por qué una moneda de diez centavos Barber de 1895 acuñada en Nueva Orleans era diez veces más valiosa que la misma moneda acuñada el mismo año en Filadelfia —por cierto, todavía recuerdo toda esa información—. Sin embargo, a diferencia de mi progenitor, llegó un momento en que perdí la pasión por la colección. Parecía el único tema de conversación de mi padre, y tras pasar todos los fines de semana durante seis o siete años con él en lugar de salir con amigos, me sentía asfixiado. Como la mayoría de los chicos de mi edad, empecé a mostrar interés por otros temas: deportes y chicas, coches y música, básicamente, y

a los catorce años pasaba ya muy poco rato en casa. Mi resentimiento fue en aumento, también. Poco a poco me di cuenta de las diferencias que existían entre nuestra forma de vivir y la de la mayoría de mis amigos. Mientras ellos disponían de dinero para ir al cine y comprarse un par de gafas de sol de moda, yo me veía obligado a rebuscar alguna miserable moneda de veinticinco centavos entre los cojines del sofá de casa para poder comprarme una hamburguesa en McDonald's. Bastantes amigos míos recibieron un coche como regalo cuando cumplieron dieciséis años, en cambio mi padre me dio un dólar de plata Morgan de 1883 que había sido acuñado en Carson City. Teníamos que cubrir la tela hecha jirones de nuestro destartado sofá con una sábana, y éramos la única familia que yo recuerde que no tenía ni televisor ni horno microondas. Cuando se averió la nevera, compramos otra de segunda mano del tono verde más horroroso que uno pueda llegar a imaginarse, un color que no hacía juego con nada más en la cocina. Me avergonzaba la idea de invitar a algún amigo a casa, y le echaba la culpa a mi padre. Sé que eran unos pensamientos indudablemente mezquinos; si la falta de dinero me preocupaba tanto, podría haberme buscado algún empleo fácil, como cortar el césped en las casas del vecindario, pero no lo hice. Estaba tan ciego como un topo y tan atontado como una almeja fuera del agua, pero aunque os diga que ahora lamento mi inmadurez, no puedo cambiar el pasado.

Mi padre notó que algo estaba cambiando entre nosotros, pero se mostró totalmente confundido en cuanto a qué hacer para salvar nuestra relación. Admito que lo intentó, de la única manera que se le ocurrió, de la única manera que mi padre sabía hacerlo: hablándome de monedas —era el único tema de conversación con el que se sentía cómodo— y preparándome el desayuno y la cena; pero a medida que transcurrían los años, el abismo que nos separaba se fue agrandando. Al mismo tiempo empecé a distanciarme de mis amigos de toda la vida. Se estaban dividiendo en dos pandillas con sinergias distintas, atraídos por la próxima película que pensaban ir a ver o por el interés en las camisetas de moda que se acababan de comprar

en un centro comercial. De pronto me encontré fuera de juego, contemplándolos desde un desapego que me parecía infranqueable. «¡Al infierno con ellos!», pensé. En el instituto siempre hay sitio para todos, y empecé a frecuentar un grupito nada conveniente, un grupito que pasaba de todo, y adopté su actitud pasota. Empecé a saltarme clases y a fumar, y me expulsaron en tres ocasiones por pelearme.

También dejé de lado los deportes. Hasta el segundo año en el instituto había jugado al fútbol y al baloncesto y había hecho atletismo, y a pesar de que mi padre a veces me preguntaba cómo me iba en la escuela cuando regresaba a casa, parecía incómodo con la idea de entrar en detalles, ya que era obvio que él no sabía nada sobre deportes. Jamás había formado parte de ningún equipo. Sólo vino a verme una vez, en un partido de baloncesto, en mi primer año en el instituto. Se sentó en las gradas como un esperpéntico personaje de calva incipiente, con una deslucida chaqueta deportiva y unos calcetines que no hacían juego con el resto de la indumentaria. Aunque no era obeso, los pantalones se le clavaban en la cintura y le daban un aspecto de estar embarazado de tres meses; entonces supe que no quería tener nada que ver con él. Me avergonzaba la imagen que proyectaba y, después del partido, lo evité. No me siento orgulloso de cómo obré, pero así era yo.

Las cosas empeoraron aún más. Durante mi último año en el instituto, mi actitud rebelde alcanzó un punto insostenible. Mis notas habían ido de mal en peor durante dos años, más por una cuestión de holgazanería y falta de interés que por inteligencia —o al menos, eso es lo que me gusta creer—, y en varias ocasiones mi padre me había pillado regresando muy tarde y con el aliento apestando a alcohol. Una vez la Policía me acompañó a casa tras una redada en una fiesta de menores en la que hallaron claras pruebas de consumo de drogas y de bebidas alcohólicas, y cuando mi padre me castigó con no salir de mi habitación, me largué a casa de un amigo y me quedé allí un par de semanas después de soltarle, sulfurado, que no se metiera en mis asuntos. Cuando regresé no dijo nada; en lugar de amonestarme, los huevos revueltos, las tostadas y las lonchas

de panceta fritas continuaron apareciendo sobre la mesa cada mañana como de costumbre. Aprobé el curso por los pelos, y sospecho que en el instituto me dieron el aprobado simplemente porque querían perderme de vista. Sé que mi padre estaba preocupado, y algunas veces, en su típica manera apocada, intentaba abordar el tema de la universidad, pero por entonces yo ya había decidido que no iba a seguir estudiando. Quería un trabajo, quería un coche, quería todas esas cosas materiales que me habían sido vedadas durante dieciocho años.

No me pronuncié al respecto hasta el verano después de mi graduación, pero cuando él se dio cuenta de que no había rellenado la solicitud de acceso a la universidad, se encerró en su estudio durante el resto de la noche y la mañana siguiente; mientras comíamos los huevos y las lonchas de panceta fritas, no me dirigió la palabra. Ese día, al atardecer, intentó establecer una conversación conmigo sobre monedas, como si intentara aferrarse a la relación que se había enfriado entre nosotros.

—¿Recuerdas cuando fuimos a Atlanta y tú descubriste esa moneda Buffalo que llevábamos tantos años buscando? —empezó a decir—. ¿La que sostenías en la mano cuando nos hicimos la foto juntos? Nunca olvidaré lo contento que estabas. En ese momento me acordé tanto de mi padre y de mí...

Sacudí la cabeza. Toda la frustración de la vida de mi padre estaba emergiendo a la superficie.

—¡Estoy harto de oír hablar de monedas! —espeté encolezado—. ¡No quiero volver a oír hablar de monedas! ¡Deberías vender esa maldita colección y dedicarte a otra cosa! ¡A cualquier otra cosa!

Mi padre no dijo nada, pero hasta el día de hoy no he logrado olvidar la profunda tristeza que anegó su expresión cuando se dio la vuelta y se marchó a refugiarse en su estudio, arrastrando los pies. Le hice mucho daño, y a pesar de que me dije que ésa no había sido mi intención, en el fondo sabía que me estaba mintiendo. A partir de esa discusión, mi padre no volvió a sacar a colación el tema de las monedas. Ni yo tampoco. Pasó a ser un tema tabú entre nosotros, y nos dejó sin nada que

decirnos el uno al otro. Unos pocos días más tarde, me fijé en que la única foto en la que aparecíamos los dos juntos ya no descansaba sobre la mesa del escritorio, como si él pensara que la más leve evocación de las monedas pudiera ofenderme. En esos momentos probablemente era así, y ni tan sólo me afectó pensar que quizás había tirado la foto a la basura.

26 En mi mocedad jamás se me pasó por la cabeza la idea de alistarme en el Ejército. A pesar de que la zona del este de Carolina del Norte es una de las áreas más densas militarmente hablando del país —en un trayecto de menos de una hora en coche desde Wilmington, hay siete bases—, solía pensar que la vida militar estaba hecha para los perdedores. ¿Quién quería pasarse la vida bajo las órdenes implacables de una panda de tipejos abusones y cuadrados como armarios? Yo no, y, aparte del grupito de estudiantes que formaba parte del Programa de Formación de Jóvenes Oficiales de Reserva, tampoco muchos chicos en mi instituto. En lugar de eso, la mayoría de los que habían sido buenos estudiantes accedían a la Universidad de Carolina del Norte o la Universidad del Estado de Carolina del Norte, mientras que los que no habían sido buenos estudiantes se quedaban rezagados, saltando de un empleo de poca monta al siguiente, bebiendo cerveza y matando las horas, y evitando a toda costa cualquier labor que requiriese un ápice de responsabilidad.

Yo encajaba en esa última categoría. En los dos años siguientes después de salir del instituto tuve diversos empleos; desde limpiar las mesas en el restaurante Outback Steakhouse, a romper los resguardos de las entradas en el cine local, a cargar y descargar cajas en una de las tiendas de la cadena Staples, a preparar tortitas de harina en Waffle House, y a trabajar como cajero en un par de tiendas para turistas donde vendían las chorradas más absurdas que uno pueda llegar a imaginarse. Me gustaba cada centavo que ganaba, no tenía ninguna ilusión en cuanto a escalar posiciones para alcanzar un puesto de responsabilidad, y al final siempre acababan por despedirme de cada empleo. Durante una temporada eso no me importó en absoluto. Vivía mi vida. Me gustaba el surf y dormir hasta las

tantas, y puesto que todavía seguía viviendo en casa de mi padre, no necesitaba ingresos para pagar ni el alquiler ni la comida ni un seguro médico ni para prepararme para el futuro. Además, a ninguno de mis amigos le iba mejor que a mí. No recuerdo sentirme particularmente infeliz, pero después de un tiempo empecé a hartarme de esa clase de vida. No en lo que concernía al surf —en 1996, los huracanes Berta y Fran se ensañaron con la costa y provocaron algunas de las mejores olas en muchos años—, pero sí de matar las horas en el bar Leroy después de pasarme la tarde montado en la tabla de surf. Empecé a darme cuenta de que cada noche era igual: bebía cerveza hasta que me topaba con algún chico que conocía del instituto, entablaba conversación con él sobre cómo nos iban las cosas a los dos, aunque no hacía falta ser un genio para descubrir que ambos estábamos montados en barcos a la deriva. A pesar de que ellos tuvieran casa propia y yo no, nunca los creía cuando me decían que estaban encantados con sus trabajos como albañiles o limpiadores de ventanas o transportistas, porque sabía perfectamente que ninguno de esos empleos era lo que habían soñado que acabarían por hacer. Quizás había sido un vago en clase, pero no tenía ni un pelo de tonto.

27

Durante ese periodo salí con una docena de mujeres. En el bar Leroy siempre había mujeres. La mayoría de ellas sólo suponían aventuras pasajeras. Usaba a las mujeres y me dejaba usar por ellas, sin entregar nunca el corazón. Únicamente mi relación con una muchacha llamada Lucy duró más de unos cuantos meses, y por un breve periodo, antes de que nuestra relación tocara a su fin, pensé que estaba enamorado de ella. Era una estudiante de la Universidad de Carolina del Norte en Wilmington, tenía un año más que yo, y decía que cuando se licenciara quería ir a trabajar a Nueva York.

—Me gustas —me dijo la última noche que estuvimos juntos—, pero somos muy distintos. Tú podrías sacarle más jugo a la vida; sin embargo, te conformas simplemente con salir a flote. —Dudó unos instantes antes de proseguir—: Pero lo que más me molesta es que nunca he sabido lo que verdaderamente sientes por mí.

Sabía que ella tenía razón. Al cabo de poco tiempo, Lucy se marchó en un avión sin ni siquiera despedirse. Un año más tarde, tras conseguir que sus padres me dieran su número de teléfono, la llamé y estuvimos hablando durante veinte minutos. Me contó que salía con un abogado y que se iban a casar el siguiente mes de junio.

Esa llamada telefónica me afectó más de lo que podía suponer. La hice justo un día en el que me acababan de despedir de otro empleo, y como de costumbre fui al bar Leroy en busca de consuelo. Allí encontré congregada a la misma caterva de perdedores, y súbitamente me di cuenta de que no quería malgastar otra noche fingiendo que en mi vida todo iba viento en popa. En lugar de eso, pagué una caja de seis cervezas y me la llevé a la playa. Era la primera vez en muchos años que reflexionaba realmente sobre lo que quería hacer con mi vida, y me pregunté si debería seguir el consejo de mi padre y acceder a la universidad para obtener un título universitario. Hacía tantos años que no estudiaba, sin embargo, que la idea me pareció ridícula e inabordable. Llamadlo mala o buena suerte, pero justo entonces dos marines pasaron delante de mí haciendo aerobismo. Un par de jóvenes, en buena forma física, que irradiaban una confianza serena. «Si ellos pueden hacerlo, yo también», me dije.

Maduré la posibilidad un par de días, y al final mi padre tuvo algo que ver con mi decisión. No es que comentara el tema con él —había llegado un momento en el que ya no hablábamos de nada—, pero una noche, en casa, me dirigía a la cocina cuando lo vi sentado frente a su escritorio, como siempre. Esa vez me dediqué a escrutarlo con curiosidad. Se había quedado casi completamente calvo, y el poco pelo que sobresalía por encima de sus orejas era totalmente gris. Estaba a punto de retirarse de su trabajo, y de repente me invadió un intenso remordimiento; pensé que no tenía ningún derecho a tratarlo tan mal después de todo lo que había hecho por mí.

Así que me alisté en el Ejército. Mi primera intención fue incorporarme al Cuerpo de Marines, ya que eran con los que me sentía más familiarizado. La playa de Wrightville Beach

siempre estaba llena a rebosar de marines con la cabeza rapada provenientes de Camp Lejeune o de Cherry Point, pero cuando llegó el momento, me decanté por el Ejército de Tierra. Supuse que, de un modo u otro, acabaría por portar un rifle de todos modos, pero lo que realmente me convenció fue que el oficial de reclutamiento del Cuerpo de Marines estaba almorzando cuando pasé por la oficina, y por consiguiente no pudo atenderme en ese preciso instante, mientras que el oficial de reclutamiento de soldados para el Ejército de Tierra —cuya oficina se hallaba en la misma calle, justo en el edificio de enfrente— sí que estaba en su despacho. Al final, la decisión me pareció más espontánea de lo que había planeado, pero firmé sobre la línea de puntos para prestar mis servicios durante cuatro años. Cuando el oficial me propinó una sonora palmada en la espalda y me felicitó mientras me dirigía a la puerta, me sentí angustiado durante unos instantes al pensar en lo que acababa de hacer. Eso fue a finales de 1997; por entonces yo tenía veinte años.

Boot Camp en Fort Benning era un lugar tan horrible como había supuesto. El cuartel parecía diseñado para humillarnos y lavarnos el cerebro, para que acatáramos las órdenes sin cuestionar, por más ridículas que éstas nos parecieran, pero me adapté más pronto que bastantes de mis compañeros. Después del periodo de formación inicial, elegí ingresar en el Cuerpo de Infantería. Los siguientes meses los pasamos realizando un montón de simulaciones en lugares como Luisiana y el viejo y legendario Fort Bragg, donde básicamente aprendimos las mejores técnicas para matar a gente y arrasarlo todo. Transcurridos unos meses, mi unidad, como parte de la 1.<sup>a</sup> División de Infantería —apodada «El Gran Uno Rojo» por su insignia, consistente en un número 1 en color rojo de gran tamaño— fue destinada a Alemania. Yo no hablaba ni una sola palabra de alemán, pero no importaba, puesto que prácticamente toda la gente con la que trataba hablaba inglés. Al principio fue fácil, y después caímos en la típica rutina castrense. Pasé siete meses miserables en los Balcanes —primero en Macedonia en 1999, y luego en Kosovo, donde permanecí hasta finales de la primavera del 2000—. El trabajo en el Ejército no estaba muy bien

remunerado, pero teniendo en cuenta que no tenía que pagar alquiler ni comida y que realmente no había mucho en que gastar la paga cuando recibía el cheque mensual, por primera vez en mi vida conseguí ahorrar un poco de dinero en el banco. No mucho, pero lo suficiente.

30 Mi primer permiso lo pasé en casa, completamente aburrido y asqueado. En mi segundo permiso fui a Las Vegas. Uno de mis compañeros era oriundo de esa ciudad, y fuimos tres los que nos animamos a ir a pasar unos días en casa de sus padres. Allí me gasté prácticamente todo lo que había ahorrado. En mi tercer permiso, tras regresar de Kosovo, necesitaba desesperadamente un descanso y decidí ir a casa, esperando que el aburrimiento de la visita fuera suficiente para aplacar mis remordimientos de conciencia. A causa de la distancia, mi padre y yo apenas hablábamos por teléfono, pero él me escribía cartas cuya fecha de envío impresa en el sobre siempre correspondía al día uno de cada mes. Sus cartas no eran como las que mis compañeros solían recibir de sus madres o de sus hermanas o esposas. Nada demasiado personal, nada sentimental, y jamás una palabra que sugiriese que me echaba de menos. Ni tan sólo mencionaba las monedas. En lugar de eso, me refería los cambios en el vecindario y añadía bastantes comentarios acerca del tiempo; cuando le escribí para explicarle que había intervenido en un combate bastante peligroso en los Balcanes, me respondió con otra carta diciéndome que se alegraba de que no me hubiera pasado nada malo, pero no dijo nada más al respecto. Por la forma en que se expresó en esa carta, comprendí que mi padre no quería oír nada acerca de las situaciones peligrosas en las que me veía envuelto. Lo asustaba el hecho de que yo pudiera correr algún riesgo, así que empecé a omitir los comentarios más desagradables. En lugar de eso, le enviaba cartas en las que le comentaba que estar de guardia era sin lugar a dudas el trabajo más aburrido que jamás se había inventado y que la única cosa excitante que me podía pasar en semanas era intentar averiguar cuántos cigarrillos sería capaz de fumarse en una tarde el compañero que hacía guardia conmigo. Mi padre acababa cada carta con la promesa de que me escribiría pronto y,

como de costumbre, no faltaba a su palabra. Hace ya mucho tiempo que he asumido que él era una persona más noble de lo que yo nunca llegaré a ser.

Sin embargo, sólo maduré en esos últimos tres años. Sí, ya sé que parezco un cliché andante, con todo eso de entrar como niño y salir convertido en hombre, pero en el Ejército todo el mundo se ve obligado a madurar, especialmente si se está en infantería, como yo. Te confían un material que cuesta una fortuna, otros depositan su confianza en ti, y si metes la pata, el castigo resulta mucho más serio que enviarte a la cama sin cenar. Por supuesto que también hay mucho papeleo y momentos tediosos, y que todo el mundo fuma y que no es posible acabar una frase sin un taco y que debajo de la cama de cada recluta hay revistas pornográficas, y además tenemos que enfrentarnos a niñitos recién salidos de la universidad del Programa de Formación de Jóvenes Oficiales de Reserva que consideran que los soldados cascarrabias como yo tenemos el coeficiente intelectual del hombre de Neandertal; sin embargo, te ves obligado a aprender la lección más importante en la vida: hay que estar a la altura de las circunstancias, y por tu propio bien es mejor que no te equivoques. Cuando recibes una orden, no puedes decir que no. No es una exageración aseverar que las vidas de los soldados están siempre en peligro. Una decisión errónea, y tu compañero podría morir. Esto es precisamente lo que hace que el Ejército funcione; es el gran error que mucha gente comete cuando se pregunta cómo es posible que los soldados arriesguen sus vidas un día tras otro o cómo pueden luchar por algo en lo que no creen. No todos lo hacen. Yo he conocido a soldados en todos los ámbitos del espectro político; he conocido a algunos que detestaban el Ejército y otros que querían hacer la carrera militar. He conocido a genios y a idiotas, pero cuando todo está dicho y hecho, hacemos lo que podemos por los demás. Por amistad. No por el país, ni por patriotismo, ni porque seamos máquinas programadas para matar, sino por el compañero que tenemos al lado. Luchamos por nuestro amigo, para que no muera, y él lucha por nosotros, y todo el engranaje en el Ejército está basado en esa simple premisa.

No obstante, tal y como he dicho, yo había cambiado. Me alisté como un fumador empedernido que tosía hasta casi sacar los pulmones por la boca cuando realizábamos entrenamiento físico, pero a diferencia de prácticamente el resto de los que constituían mi unidad, dejé ese vicio y no he vuelto a tocar el tabaco desde hace más de dos años. Me moderé también en el consumo de alcohol hasta el punto de que una o dos cervezas a la semana eran suficientes, y puedo pasarme un mes entero sin tomar una. Mi historial era intachable. Me habían ascendido de soldado a cabo y después, seis meses más tarde, a sargento, y aprendí que tenía una habilidad innata para el liderazgo. Dirigí hombres en combates, y mi batallón se vio inmerso en la captura de uno de los criminales de guerra más conocido en los Balcanes. Mi oficial superior me recomendó para la OCS, la Escuela de Candidatos a Oficial, y mentiría si dijera que no consideré la posibilidad de convertirme en oficial, pero pensé que ese trabajo implicaba pasar numerosas horas sentado detrás de una mesa rellenando papeles, y estaba seguro de que eso no era lo que quería. Aparte de practicar surf, no me había ejercitado en habilidades intelectuales desde hacía bastantes años antes de enrolarme en el Ejército; cuando me dieron mi tercer permiso, mi cuerpo se había esculpido con nueve kilos de músculo y había rebajado toda la grasa sobrante de la barriga. Me pasaba la mayor parte del tiempo libre corriendo, practicando el boxeo y levantando pesas con Tony, un tipo hercúleo de Nueva York que no sabía hablar sin gritar, que juraba que el tequila era un afrodisíaco y que era con diferencia mi mejor amigo en la unidad. Me convenció para que me tatuara ambos brazos como él, y con cada nuevo día que pasaba, el recuerdo de quién había sido yo se fue convirtiendo en una idea más y más remota.

Leía mucho, también. En el ejército tienes mucho rato libre para leer, y la gente se intercambia libros o los toma prestados de la biblioteca hasta que las cubiertas están a punto de desprenderse. No pretendo dar la impresión de que me convertí en un intelectual, porque no es cierto. No me interesaba Chaucer, Proust ni Dostoyevski, ni cualquiera de esos otros escritores tan literarios; leía principalmente novelas de misterio y de sus-

pense y libros de Stephen King, y me aficioné mucho a Carl Hiaasen porque sus palabras fluían con facilidad y siempre me hacía reír. Con frecuencia pensaba que si en las escuelas hubieran asignado estos libros en la clase de literatura, ahora gozaríamos de un elenco de lectores mucho más amplio en el mundo.

A diferencia de mis compañeros, me apartaba de cualquier posibilidad de buscar compañía femenina. Suena extraño, ¿verdad? En la plenitud de la vida, con un trabajo lleno de testosterona, ¿qué no sería más natural que desahogarse un poco de vez en cuando con una fémina? Pero la idea no me atraía. A pesar de que algunos chicos que conocía empezaron a salir e incluso se casaron con muchachas de la localidad mientras estábamos en Würzburg, había oído suficientes historias para tener la certeza de que esos matrimonios no solían acabar bien. El ejército es muy duro en cuanto a relaciones en general —he visto suficientes divorcios como para saberlo—, y a pesar de que no me habría importado la compañía de alguien especial, eso nunca llegó a suceder. Tony no podía entenderlo.

—Tienes que venir conmigo —me insistía—. Vamos, chaval, ánimo por una vez.

—No estoy de humor.

—¿Cómo es posible que no estés de humor? Sabine asegura que su amiga es un verdadero bombón. Alta y rubia, y le pirra el tequila.

—Ve con Don. Estoy seguro de que aceptará con sumo gusto.

—¿Don Castelow? Pero ¡qué dices! Sabine no lo soporta. No dije nada.

—Vamos, hombre, si sólo es para pasar un buen rato.

Sacudí la cabeza, pensando que prefería estar solo que convertirme de nuevo en la persona que había sido, pero me sorprendí preguntándome a mí mismo si acabaría por llevar una vida monacal como mi padre.

Con la impresión de que no conseguiría hacerme cambiar de parecer, Tony ni se molestó en ocultar su contrariedad mientras se encaminaba hacia la puerta.

—De verdad, chaval, a veces no logro entenderte.

## Y

Cuando mi padre me recogió en el aeropuerto, no me reconoció al principio y dio un respingo cuando le propiné unas palmaditas en el hombro. Me pareció más bajito de como lo recordaba. En lugar de ofrecerme un abrazo, me estrechó la mano y me preguntó por el vuelo, pero ninguno de los dos supo qué decir a continuación, así que nos encaminamos lentamente hacia la salida de la terminal. Me parecía extraño y desconcertante estar de nuevo en casa, y de pronto me sentí deprimido, como la última vez que había estado de permiso. En el aparcamiento, mientras echaba el petate en el portaequipajes, me fijé en la pegatina alargada en el parachoques trasero de su viejo Ford Escort en la que ponía: «APOYEMOS A NUESTRAS TROPAS». No estaba seguro de qué significaba eso para mi padre, no obstante me alegré al verlo.

En casa, dejé el petate en mi antigua habitación. Todo estaba tal y como lo recordaba, en el mismo orden, desde los trofeos en la estantería llenos de polvo hasta la botella medio vacía de whisky Wild Turkey escondida en el cajón de la ropa interior. Y lo mismo sucedía con el resto de la casa. El sofá continuaba cubierto por la misma sábana, la nevera verde parecía chillar que estaba totalmente fuera de lugar en esa cocina, y en el viejo televisor sólo se podían ver cuatro canales borrosos. Mi padre preparó espaguetis; el viernes siempre tocaba espaguetis. Durante la cena, intentamos conversar.

—Qué alegría estar de vuelta —dije.

Su sonrisa fue breve.

—Me alegro —respondió.

Tomó un sorbo de leche. Durante la cena siempre bebíamos leche. Luego se concentró en su comida.

—¿Te acuerdas de Tony? —me aventuré a comentar—. Creo que lo he mencionado varias veces en mis cartas. Bueno, de todos modos, está, o al menos cree que está, enamorado. La muchacha se llama Sabine, y tiene una hija de seis años. Ya le he dicho que quizá no sea una buena idea, pero se niega a escucharme.

Con una gran parsimonia, mi padre espolvoreó queso parmesano rallado por encima de la pasta, asegurándose de que cada parte del plato recibía la cantidad perfecta.

—Ah —respondió.

Después de eso, me puse a comer y ninguno de los dos dijo nada. Bebí un poco de leche. Comí un poco más. El reloj dio la hora en la pared.

—Supongo que estarás ansioso de retirarte este mismo año —añadí—. Imagínate, por fin podrás tomarte unas largas vacaciones y ver un poco de mundo.

Estuve a punto de sugerir que podría ir a verme a Alemania, pero me contuve. Sabía que no lo haría, y no quería ponerlo en ese aprieto. Los dos nos pusimos a ensartar los espaguetis con el tenedor y hacer un ovillo simultáneamente mientras él parecía ponderar cuál era la mejor respuesta.

—No lo sé —contestó finalmente.

Abandoné mi intención de conversar con él, y a partir de ese momento los únicos sonidos audibles en el comedor fueron los de los tenedores que golpeaban los platos. Cuando acabamos de cenar, nos marchamos en direcciones opuestas. Exhausto por el vuelo, me fui directo a la cama, aunque esa noche me desperté a cada hora tal y como me sucedía en la base militar. Cuando me desperté por la mañana, mi padre ya se había marchado a trabajar. Desayuné y leí el periódico, intenté contactar con un amigo pero no lo conseguí, luego rescaté la tabla de surf del garaje y enfilé hacia la playa. Las olas no eran espectaculares, pero no me importaba. Hacía tres años que no me montaba en una tabla de surf, y al principio mis movimientos fueron más bien tensos, pero sólo bastó un par de leves ondulaciones para desear que me hubieran destinado a algún sitio cerca del océano.

Estábamos a principios de junio del año 2000, la temperatura ya empezaba a apretar, y el agua era refrescante. Desde mi aventajada posición encima de la tabla podía observar a algunas personas que se estaban instalando en las casas que se erigían más allá de las dunas. Tal y como ya he mencionado antes, la playa de Wrightsville estaba siempre abarrotada de familias

que alquilaban esas casas por una semana o más tiempo, y en ocasiones algunos estudiantes de la Universidad de Chapel Hill o Raleigh hacían lo mismo. Estos últimos eran los que me interesaban, y me fijé en un grupito de universitarias en bikini que ocupaban el porche trasero de una de las casas cerca del muelle. Las observé durante un rato, recreándome con la panorámica, luego me divertí con otra ola y me pasé el resto de la tarde perdido en mi pequeño universo.

Consideré la posibilidad de pasarme por el bar Leroy, pero supuse que nada ni nadie habría cambiado, excepto yo. En lugar de eso, compré una botella de cerveza en el colmado de la esquina y me fui a sentar al muelle para disfrutar del espectáculo del atardecer. La mayoría de los que estaban pescando ya habían empezado a recoger los bártulos, y los pocos que quedaban estaban limpiando los peces que habían obtenido y lanzando las partes sobrantes al agua. Al cabo de un rato, el océano gris metalizado empezó a teñirse de color naranja y luego de amarillo. En las grandes olas que se formaban más allá del puerto vi a unos pelícanos encaramados cómodamente sobre las espaldas de varias marsopas, mientras éstas se mecían sobre las olas. Sabía que el atardecer traería la primera noche de luna llena —mi experiencia en campo abierto hacía que esa constatación resultara casi instintiva—. No estaba pensando en nada en particular, sólo dejando que mis pensamientos fluyeran libremente. Creedme, conocer a una chica era la última cosa que tenía en mente.

Entonces fue cuando la vi subiendo los peldaños de madera que conducían hasta el muelle. O mejor dicho, no era una, sino dos chicas. Una era alta y rubia, la otra morena y muy atractiva; ambas parecían un poco más jóvenes que yo, seguramente debían de ser estudiantes universitarias. Las dos lucían pantalones cortos y tops con la espalda descubierta, y la morena llevaba además uno de esos enormes bolsos tejidos a mano que las mujeres llevan a la playa cuando piensan quedarse muchas horas con los niños. Mientras se acercaban podía oír cómo hablaban y reían de forma distendida y relajada.

—Hola —dije cuando estuvieron más cerca, y la verdad es

que las saludé mecánicamente, sin esperar ninguna respuesta.

Como ya suponía, la rubia no dijo nada. Echó un vistazo a la tabla de surf y a la botella de cerveza que sostenía en la mano y me ignoró irguiendo la barbilla con altivez. La morena, sin embargo, me sorprendió.

—¡Eh, forastero! —respondió con el típico saludo sureño y una sonrisa en los labios. Señaló hacia la tabla de surf y añadió—: Supongo que hoy lo habrás pasado bien, con esas fantásticas olas.

Su comentario me pilló desprevenido, y no sólo eso, sino el inesperado tono afable en sus palabras. Las dos continuaron su camino hacia uno de los extremos del muelle y, de repente, cuando se apoyó en la barandilla, me di cuenta de que no podía apartar los ojos de ella. Pensé en levantarme con celeridad e ir a presentarme, pero decidí que no era una buena idea. No eran mi tipo, o mejor dicho, probablemente yo no era su tipo. Tomé un buen trago de cerveza, intentando no prestarles atención.

Creedme que lo intenté, aunque la verdad es que no conseguía apartar los ojos de la morena. Me esforcé por no escuchar lo que decían, pero la rubia tenía una de esas voces imposibles de ignorar. Hablaba sin parar sobre un chico llamado Brad, del que estaba perdidamente enamorada, y también de que la hermandad de alumnas de la que formaba parte en la Universidad de Carolina del Norte estaba considerada la mejor, y que la fiesta que habían organizado al final de ese curso había sido la mejor en toda la historia de la hermandad, y que la otra debería hacerse miembro el próximo año, y que un número preocupante de sus amigas se lo estaban montando con la peor calaña de chicos que una pudiera encontrar en las numerosas fraternidades de estudiantes, y que una de ellas incluso se había quedado embarazada, pero que había sido por su culpa, porque ya la habían avisado de que se anduviera con cuidado con ese chico. La morena no hablaba mucho —no acertaba a distinguir si la conversación la divertía o la aburría—, pero de vez en cuando soltaba una carcajada. De nuevo percibí un tono afable y comedido en su voz que destilaba una agradable sensación familiar, lo cual he de admitir que carecía de sentido.

Mientras depositaba la botella de cerveza sobre la arena, me fijé en que ella dejaba el bolso sobre la barandilla.

Llevaban allí de pie unos diez minutos cuando dos chicos hicieron su aparición por el muelle. Con sus polos Lacoste de color rosa y naranja respectivamente cayendo desmayadamente por encima de las bermudas, tenían toda la pinta de ser un par de abominables niñatos de alguna de esas fraternidades universitarias a las que la rubia se había referido previamente. Mi primera impresión fue que uno de ellos debía de ser el tal Brad del que la rubia había confesado estar tan enamorada. Ambos portaban una botella de cerveza en la mano, y adoptaron una actitud más sigilosa a medida que se aproximaban a las chicas, como si pretendieran llegar hasta ellas sin ser vistos. Probablemente a las dos les apetecía estar con ellos, y tras un rápido estallido denotando sorpresa, complementado con unos grititos y unos golpecitos inofensivos en el brazo, los cuatro se marcharían juntos, riendo y haciendo las patochadas que las parejas de jóvenes tortolitos suelen hacer.

38

Suponía que ésa iba a ser la escena que iba a presenciar, ya que los chicos se comportaron del modo que me había imaginado. Tan pronto como estuvieron lo bastante cerca de ellas, saltaron sobre sus presas profiriendo un estentóreo rugido para asustarlas; las dos chicas chillaron y les propinaron los esperados golpecitos amistosos en los brazos. Los chicos estallaron en una fuerte risotada, y el niñato que lucía el polo rosa derramó un poco de cerveza. Se apoyó en la barandilla, cerca del bolso de la morena, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos en la espalda.

—Dentro de un par de minutos encenderemos la fogata —anunció el del polo naranja, rodeando a la rubia con su brazo. Luego la besó en el cuello—. ¿Estáis listas para regresar a cenar?

—¿Tú estás lista? —preguntó la rubia, mirando a su amiga.

—Sí —contestó la morena.

El niñato del polo rosa se apartó de la barandilla, y sin querer propinó un golpe al bolso con el codo. El cesto se tambaleó sobre la barandilla y fue a caer al agua con un sonoro «chof»,

como si fuera un pez que hubiera saltado para realizar una pirueta en el aire y luego se hubiera vuelto a sumergir.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió él, girándose impulsivamente.

—¡Mi bolso! —exclamó la morena—. ¡Me has tirado el bolso al agua!

—Vaya, lo siento —se disculpó, aunque no parecía particularmente afectado.

—¡Mi monedero está ahí dentro!

El chico frunció el ceño.

—Ya te he dicho que lo siento.

—¡Vamos, tírate al agua! ¡Tienes que recuperarlo antes de que se hunda!

Los dos universitarios se quedaron paralizados, y yo supe que ninguno de los dos tenía intención de saltar al agua para recuperar el cesto. Básicamente por un motivo: probablemente no lo encontrarían, y además tendrían que alcanzar la costa —que no quedaba cerca— a nado, un ejercicio nada recomendable después de haber ingerido una considerable dosis de alcohol, como era obvio que había hecho ese par. Creo que la morena supo interpretar con acierto la expresión del niño del polo rosa, porque la vi cómo se agarraba a la barandilla con ambas manos y pasaba una de las piernas por encima.

—¡No seas mema! No lo encontrarás —intentó disuadirla el niño del polo rosa, que dejó la mano encima de la de la muchacha para detenerla—. No saltes. Es muy peligroso. Ahí abajo podría haber tiburones. Sólo es un monedero. Ya te compraré otro nuevo.

—¡Necesito ese monedero! ¡Todo el dinero que tengo está ahí dentro!

Ya sé que no era asunto mío, pero lo único que se me ocurrió fue ponerme de pie y dirigirme hacia la punta del muelle con paso presto. ¡Qué más daba un remojón a esas horas!